

EL ERROR EN LA CONSTRUCCIÓN DE LO NUEVO

Silvio Fernando Daza Rosales

Es conocido que un niño aprende a caminar, hablar y moverse en su entorno probando primero y viendo que sucede después, luego modifica su conducta (o piensa) de acuerdo con lo que en realidad ha sucedido. Así pasa sus primeros años de una forma maravillosamente creativa, descubriendo todo tipo de cosas que son nuevas para él. Sin embargo, a medida que el niño crece adopta una visión más limitada.

En la escuela aprende por repetición a acumular conocimiento, a para complacer al profesor y aprobar los exámenes. En el trabajo aprende de un modo similar, para ganarse la vida o por algún otro propósito utilitario, y no meramente por el gusto de conocer y experimentar. Así pues, su habilidad para ver algo nuevo y original se va perdiendo gradualmente hasta que desaparece. Sin ella, es evidente que el terreno no está abonado para que pueda crecer nada en él. En general lo que aprendemos de nuestros padres, profesores, amigos y de la sociedad cuando somos niños es a tener un estado mental conformista, imitativo y mecánico¹ que no signifique un peligro contra sus concepciones.

Es fundamental reconocer que en nuestro proceso de formación en todos los niveles educativo lo que predomina es la construcción de la certeza como resultado de todo acto de aprendizaje lo cual fortalece la imagen del “yo” o el “ego” como algo que en esencia es lo perfecto². Pero todo aprendizaje implica probar algo y ver qué sucede. Si uno no prueba algo hasta asegurarse de que no cometerá error, nunca podrá aprender nada nuevo. El temor a equivocarnos se suma a los hábitos mecánicos de percepción en términos de ideas preconcebidas y aprendizajes con fines utilitarios específicos. Todo esto trae como consecuencias la creación de un ser humano que no puede percibir lo nuevo ni lo original. ¿Qué hacer desde el rol docente para atenuar dicha situación?

Al observar a los niños en acción, se hace evidente la necesidad y la pertinencia de aprovechar todas las situaciones que nos ofrece la vida cotidiana y crear situaciones específicas en la que los niños desarrollen y enriquezcan su capacidad en la cultura de pensamiento científico, relacionándolas con su vida cotidiana, actual y futura.

En consecuencia, como profesores debemos encontrar formas de estructurar los contenidos para favorecer que los niños reconozcan y desarrollen sus propias ideas, en contextos que tengan significado³. Luego trabajar para que las amplíen y las profundicen, es decir que entren en contacto con ciertos fenómenos de modo tal que puedan captar sus intereses y generar sus propias preguntas, promoviendo espacio de resoluciones creativas, que den cuenta que sus ideas son importantes, incentivando, sus habilidades y la confianza en sí mismos, para que continúen avanzando por sus propios medios, con el apoyo de los educadores.

¹. Las acciones mecánicas de aprendizaje nunca pueden ser verdaderamente útiles para despertar la acción creativa de la mente.

². Cada equivocación parece revelar que uno es una especie de ser inferior, y por consiguiente no será del todo aceptado por los demás.

³. QUINTANILLA, M; DAZA, S., y ORELLANA, M. (2011). Las ciencias en las primeras edades como promotoras de pensamiento científico. Ed. lito digital. Barrancabermeja - Santander. PP. 58-81.